tal derecho, penetrante en la cavidad con lesión superficial del pulmón—anunció en la estancia, después del reconocimiento y examen, el cirujano de cuello de toro.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

VI

La convalecencia larga y penosa de toda aguda y grave enfermedad es una purificación y casi un renacimiento.

Jamás el sentimiento de la vida es tan dulce como después de la angustia del mal: y nunca el alma humana se inclina tanto á la bondad y á la fe como después de haberse asomado á los abismos de la muerte.

Comprende el hombre, al curar, que el pensamiento, el deseo, la voluntad, la conciencia de la vida no son la misma vida. Algo hay en él más vigilante que el pensamiento, más continuo que el deseo, más patente que la voluntad, más profundo aún que la conciencia; y es, la sustancia, la naturaleza de su sér.

Comprende que su vida real es aquella no vivida por él; es el complejo de las sensaciones involunta-

rias, espontáneas, inconscientes, instintivas; es la actividad harmoniosa y misteriosa de la vegetación animal; es el imperceptible desarrollo de todas las metamorfosis y de todas las renovaciones.

Y esta vida, precisamente, completa en él los milagros de la convalecencia; cierra las llagas, repara las pérdidas, realza las tramas quebrantadas, remienda los tejidos lacerados, restaura las conjunciones de los órganos, reinfunde en las venas la riqueza de la sangre, reanuda sobre los ojos la venda del Amor, reintegra en torno de la cabeza la corona de los sueños, enciende de nuevo en el corazón la llama de la esperanza, torna á abrir las alas á las quimeras de la fantasía.

Después de la mortal herida, tras una especie de larga y lenta agonía, Andrés Sperelli renacía poco á poco, casi con otro cuerpo y con otro espíritu, como un hombre nuevo, como una criatura salida de un reciente baño léteo inmémore y vacío. Parecíale haber tomado una forma más elemental. En su memoria el pasado tenía una lontananza sin perspectiva, como para la vista el cielo estrellado es un campo igual y difuso, magüer los astros están diversamente distantes. Los tumultos se pacificaban, el fango descendía al limo, el alma se purificaba; y él tornaba á entrar en el seno de la madre naturaleza, sentíase por ella maternalmente infundir la bondad y la fuerza.

Hospedado por su prima en la *villa* de Schifanoja, Andrés Sperelli volvía á la existencia en presencia del mar. De igual modo que permite siempre en nosotros la naturaleza *simpática*, y así como

nuestra vieja alma abrazada á la grande alma natural palpita siempre á su contacto, así el convaleciente medía su respiración al unísono de las respiración ancha y tranquila del mar, erguía su cuerpo á semejanza de robustos árboles, serenaba su pensamiento ante la serenidad de los horizontes. Poco á poco, en sus ocios atentos y recogido su espíritu se extendía, se desenvolvía, se desplegaba, se elevaba dulcemente como la hierba oprimida sobre los senderos; volvíase, en fin, veraz, ingenuo, original, libre, abierto á la pura conciencia, dispuesto á la pura contemplación; atraía á sí las cosas, las concebía como modelo de su propio sér, como formas de su propia existencia; se sentía en fin, penetrado por la verdad que proclama el *Oupanischad* de Vida: «*Hæ omnes creaturae intotum ego sum, et praeter me aliud ens non est.*» El gran soplo de idealidad que exhalan los libros sagrados indios, estudiados y amados en un tiempo, parecía que lo elevasen. Y tornaba á resplandecerle singularmente la fórmula sanscrita, llamada Mahavakya, esto es la Gran Palabra: «TAT TVAAN ASÍ»; que significa:

«*Esta cosa viviente, eres tú.*»

Eran los últimos días de Agosto. El mar tenía una quietud extática, las aguas tenían tal transparencia que reproducían con perfecta exactitud cualquiera imagen, y su extrema línea perdíase en el cielo, de modo que los dos elementos parecían un elemento único, impalpable, sobrenatural. El vasto anfiteatro de los collados, poblado de olivos, de naranjos, de pinos, de todas las más nobles for-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

mas de la vegetación itálica, abrazando aquel silencio, aparecían no como una multitud de cosas sino una cosa única, bajo el común sol.

El joven convaleciente, tendido á la sombra ó reclinado sobre un tronco ó sentado sobre una piedra, creía sentir en sí mismo correr el río de la vida, con una especie de tranquilidad cataléptica; creía sentir vivir en su pecho el mundo entero; con una especie de religiosa embriaguez creía poseer el infinito. Lo que él experimentaba era inefable, no definible ni aún con las palabras del místico: «Yo he sido admitido por la naturaleza en el más secreto de sus divinos asientos, en el surtidor de la vida del Universo. Desde aquí yo sorprendo la causa del movimiento y oigo el primer canto de los séres en toda su frescura.» La vista de cuanto le rodeaba trocábase poco á poco en visión profunda y continua; las ramas de los árboles sobre su cabeza le parecían elevarse hasta el cielo, ampliar el azul, resplandecer como aromas de inmortales poetas; y él contemplaba y escuchaba en silencio, respirando con el mar y con la tierra, plácido como un Dios.

¿Qué habían sido de todas sus vanidades, de sus crueldades, de sus artificios y sus mentiras? ¿Dónde estaban los amores y los engaños, los desengaños y los disgustos, y las incurables repugnancias después del placer? ¿Qué fueron de aquellos inmundos y rápidos amores que le dejaban en la boca como la extraña acidez de un fruto cortado con un cuchillo de acero? El no se acordaba ya de nada. Su espíritu había hecho una solemne renuncia. Otro principio de vida entraba en él: *alguno* entraba en él, de modo insensible y secreto, que sentía la paz profunda. Y él descansaba, porque no deseaba ya.

El deseo había abandonado su reino; la inteligencia en su actividad seguía libre sus propias leyes y reflejaba el mundo objetivo como un simple objeto conocido; las cosas aparecían en su forma verdadera, en su verdadero color, en su verdadera y entera significación y belleza, precisa, clarísima; desaparecía, en fin, todo sentimiento de la persona. Y en esta temporal muerte del deseo, en esta temporánea ausencia de la memoria, en esta perfecta objetividad de la contemplación estaba precisamente la causa del jamás experimentado goce.

Die Sterne, die begehrt man nicht,
Man freut sich ihrer Pracht.

«Las estrellas nadie las desea, pero alegra su fulgor.» Por primera vez, en efecto, el joven conoció toda la harmoniosa poesía nocturna de un cielo estival.

Eran las últimas noches de Agosto, sin luna. Innumerables, en la infinita bóveda azul, palpitaba la vida ardiente de las constelaciones. La Osa, el Cisne, Hércules, Boote, Casiopea, centelleaban con un continuo temblar tan rápido y tan fuerte, que casi parecían estar cercanas á la tierra, haber entrado en la atmósfera terrena. La vía láctea aparecía como un verdadero río aéreo, como un confluente de arroyos paradisiacos, como una inmen-

sa corriente silenciosa que llevase en su *miro gurge* un polvo de minerales sidéreos pasando sobre un álveo de cristal entre falanges de flores. A intervalos, meteoros lúcidos regaban el aire inmóvil, con la descensión ligerísima y muda de una gota de agua sobre una lámina de diamante. La respiración del mar lenta y solemne, era la única que medía la tranquilidad de la noche, sin turbarla; y las pausas eran más dulces que el sonido.

Pero este periodo de visiones, de abstracciones, de intuiciones, de contemplaciones puras; esta especie de misticismo budístico y casi diríamos cosmogónico, fué brevísimo. Las causas del raro fenómeno, más que en la naturaleza plástica del joven y en su actitud y propensión á la objetividad, estaban quizá en su imaginación inquisitiva, en la singular tensión y en la extrema impresionabilidad de su sistema nervioso cerebral. Poco á poco comenzó á volver á tener conciencia de sí mismo, á encontrar el sentimiento de su persona, á entrar en su corporeidad primitiva.

Un día, en la hora meridiana, mientras la vida de las cosas parecía en suspenso, el grande y terrible silencio permitióle ver dentro, de improviso, abismos vertiginosos, necesidades inextinguibles, indestructibles recuerdos, cúmulos de sufrimiento y de llanto, toda su miseria de otro tiempo, todos los vestigios de su vicio, todos los restos de sus pasiones.

Desde aquel día una melancolía pacífica é igual le ocupó el alma, y vió en todo aspecto de las cosas un estado de su alma. En vez de trasmudarse en

otras formas de existencia ó de meterse en otras condiciones de conciencia ó de perder el sér su particularidad en la vida general, presentaba los fenómenos contrarios, envolviéndose de una naturaleza que era una concesión completamente subjetiva de su intelecto.

El paisaje convertíase para él en un símbolo, en emblema, en signo, en guía que lo guiaba á través del laberinto interior. Una secreta afinidad descubría entre la vida aparente de las cosas y la vida íntima de sus deseos y de sus recuerdos. «*To me—High mountains are á feeling.*» Como en los versos de Jorge Byron las montañas, para él eran un *sentimiento* las marinas.

¡Claras marinas de Septiembre!—El mar tranquilo é inocente como un niño adormecido, se extendía bajo un cielo angélico de perlas. A veces aparecía completamente verde, del fino y precioso verde de una esmeralda; y, sobre la tersa superficie, las pequeñas velas rojas semejaban llamas errantes. A veces aparecía enteramente azul, de un azul intenso, casi diríamos heráldico, surcado de venas de oro, como un lapislazuli; y sobre su tranquila superficie las velas historiadas semejaban una procesión de estandartes y de gonfalones y paveses católicas.

También, á veces, tomaba un difuso resplandor metálico, un color pálido de plata, mixto del color verduzco de un limón maduro; algo de indefiniblemente extraño y delicado; y, entonces, las velas eran pías é innumerables como las alas de los querubines.

El convaleciente encontraba de nuevo sensaciones olvidadas de la puericia; aquellas impresiones de frescura que dan á la sangre pueril los alientos del viento salso; aquellos indefinibles efectos que causan las luces, las sombras, los colores, los olores del agua sobre el alma virgen. El mar no era solamente para él una delicia de los ojos, si que una perenne onda de paz en la que se abrevaban sus pensamientos, una mágica fuente de juventud en la que su cuerpo recobraba la salud y su espíritu la nobleza. El mar tenía para él la atracción misteriosa de una patria; y se abandonaba á él con una confianza filial, como un hijo débil en brazos de su padre omnipotente. Y en ello recibía consuelo; porque nadie ha confiado jamás en vano sus dolores, sus deseos, su sueño, al mar.

El mar tenía siempre para él una palabra profunda llena de revelaciones subitáneas, de iluminaciones imprevistas, de significaciones inesperadas. Le descubría en lo secreto de su alma una úlcera todavía viva, magüer oculta, y hacíala sangrar; pero el bálsamo era después más suave. Le sacudía una quimera durmiente en su corazón y excitábala de modo que sintiese de nuevo las uñas y el pico; pero la mataba después y se la sepultaba en el corazón para siempre. Le despertaba en la memoria una remembranza y hacía que sufriese toda la amargura del llanto hacia las cosas irremediablemente huídas; pero, en seguida, le prodigaba la dulzura de un olvido eterno.

Nada dentro de su alma quedaba oculto, en presencia del gran consolador. Del mismo modo que

una fuerte corriente eléctrica hace luminosos los metales y su esencia revela el color de la llama, la virtud del mar iluminaba y revelaba todas las potencias y las potencialidades de aquella alma humana.

A ciertas horas el convaleciente, bajo el asiduo dominio de una tal virtud, bajo el constante yugo de una tal fascinación experimentaba una especie de sobresalto y casi de espanto, como si aquel dominio y aquel yugo fuesen insoportables para su debilidad. A ciertas horas, el coloquio incesante entre su alma y el mar, le daba un vago sentimiento de postración, como si aquel sublime verbo hubiese hecho demasiada violencia á la angustia del intelecto ávido de comprender lo incomprensible. Una tristeza de las aguas le trastornaba como un desastre, como una desventura.

Un día se vió perdido. Vapores sanguinosos y malignos ardían en el horizonte, semejando rociadas de sangre y de oro sobre las obscuras aguas; un grupo de purpúreas nubes se elevaba de estos vapores, semejantes á un tropel de centauros monstruosos sobre un volcán en erupción; y por entre esa luz trágica un cortejo fúnebre de velas triangulares negreaba en el último límite del horizonte. Eran velas de una tinta indescriptible, siniestra como los emblemas de la muerte, señaladas de cruces y de figuras tenebrosas, que semejaban velas de navíos que llevasen cadáveres de apestados á alguna maldita isla poblada de buitres famélicos. Un sentimiento humano de terror y de dolor pesaba sobre aquel mar; un decaimiento de agonía gra-

vitaba sobre aquella atmósfera. La ola de sangre que manaba de las heridas de aquellos monstruos en lucha abierta y feroz no cesaba jamás y antes bien crecía en torrentes que enrojecían las aguas un gran espacio, hasta la orilla, haciéndose aquí y allá violácea y verduzca como por corrupción. De vez en cuando el tropel se agitaba, los cuerpos se deformaban ó se descuartizaban, girones sangrientos pendían al borde del cráter ó desaparecían engullidos por el abismo. Después, tras la feroz sacudida, los gigantes, regenerados, volvían de nuevo á la lucha, más feroces: el hacinamiento se recomponía, más enorme; tornaba el estrago y la matanza, más roja, hasta que los combatientes quedaban exangües entre las cenizas del crepúsculo, exánimes, destrozados sobre el moribundo volcán.

Parecía un episodio de alguna titanomaquía primitiva, un espectáculo heróico visto á través de una larga serie de edades, en el cielo de la fábula. Andrés, con el ánimo supremo, seguía todas las vicisitudes de aquella titánica contienda. Acostumbrado á las tranquilas caídas de la sombra en aquella declinación serena del estío, sentíase á la sazón, á causa del insólito contraste, exaltarse, sublevarse y perturbarse con una extraña violencia. De pronto fué como una angustia confusa, tumultuosa, llena de palpitaciones inconscientes, involuntarias. Fascinado por el ocaso belicoso, no llegaba aún á ver claramente en sí mismo. Más, cuando las cenizas del crepúsculo llovieron y extinguieron toda lucha y el mar se hizo como una inmensa laguna plúmbea, creyó oir en la sombra el grito de su alma, el grito de otras almas.

Sentíase dentro de sí, como un obscuro náufrago en tinieblas. Miles de voces demandaban socorro, imploraban ayuda, imprecaban á la muerte; voces conocidas, voces que él había escuchado en otro tiempo—(¿voces de criaturas humanas ó de fantasmas?)—¡y que ahora no sabía distinguir la una de la otra! Llamaban, imploraban, imprecaban inútilmente, sintiéndose morir; se debilitaban sofocadas por la onda voráz; hacíanse débiles, lejanas, interrumpidas, incognoscibles; convertíanse en un gemido, se extinguían, no resurgían ya.

Había quedado solo. De toda su juventud de toda su vida anterior, de toda su idealidad no quedaba nada. Dentro de él no quedaba más que un frío abismo vacío, y en torno á él, una naturaleza impasible, fuente perenne de dolor para su alma solitaria. Toda esperanza había muerto: toda voz era muda: toda áncora estaba rota. ¿A qué, pues, vivir?

Súbitamente la imagen de Elena resucitó en su memoria. Otras imágenes de mujeres se sobrepusieron á aquella, se confundieron con ella, la dispersaron, se desvanecieron. El no acertó á retener ninguna. Todas parecían sonreirle, con sonrisa enemiga, al desaparecer, y todas al disiparse parecíale que se llevasen consigo alguna cosa de él. ¿El qué? No lo sabía. Un menoscabo indecible lo oprimió; un sentimiento de vejez lo heló, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Un trágico aviso le resonó en el corazón: «¡Demasiado tarde!»

Las recientes dulzuras de la paz y de la melan-

colía le parecieron ya lejanas, como una ilusión ya desvanecida; casi le parecieron haber sido gozadas por otro espíritu nuevo, entrado en él y después desaparecidos. Le pareció que su viejo espíritu no pudiese ya jamás renovarse ni relevarse. Todas las heridas que sin moderación tenía abiertas en la dignidad de su sér interior, sangraron. Todas las degradaciones que sin repugnancia había infligido á su conciencia, brotaron como manchas y se dilataron como una lepra. Todas las violaciones que su pudor había hecho á su idealidad, le suscitaron un remordimiento agudo, desesperado, terrible, como si dentro de sí llorasen almas de sus hijas á quienes el padre hubiese quitado la virginidad mientras dormía soñando.

Y él lloraba con ellas, y le parecía que sus lágrimas no le descendían sobre el corazón como un bálsamo, sino que le resbalasen como sobre una materia viscosa y fría que envolviese su corazón. La ambigüedad, el disimulo, la falsedad, la hipocresía, toda la forma de la materia y el dolor en la vida del sentimiento, todas se adherían á su corazón como un muérdago tenaz.

El había mentido demasiado, había engañado mucho, habíase relajado ya bastante. Un espanto de sí y de su vicio lo invadió.—¡Vergüenza! ¡Vergüenza!—La deshonrosa brutalidad le parecía indeleble; las llagas le parecían incurables; pareciale que hubiese de sufrir las náuseas eternamente, para siempre, como un suplicio sin término.—¡Vergüenza!—Y lloraba, sumido en un profundo abatimiento, abandonado al peso de su miseria, afrentado como un hombre que no vé salvación; y no veía brillar las estrellas una á una sobre su pobre cabeza, en la noche serena y profunda.

Al nuevo día tuvo un agradable despertar, uno de esos límpidos y frescos despertares que tiene solamente la Adolescencia en su primavera triunfal. La mañana era maravillosa; y respirar la mañana era una beatitud inmensa. Todas las cosas vivían en la felicidad de la luz; las colinas parecían envueltas en un velo diáfano de plata, sacudido por un débil temblor; el mar parecía atravesado por ríos de leche, por arroyos de cristal, por arroyuelos de esmeraldas, por mil corrientes que formaban como el movible enrejado de un laberinto líquido. Un sentimiento de alegría nupcial y de gracia religiosa emanaba de la concordia del mar, del cielo y de la tierra.

Andrés respiraba, miraba, un poco atónito. Durante el sueño su fiebre había desaparecido. El había cerrado los ojos, durante la noche, mecido por el coro de las aguas como por una voz amiga y fiel. Quien se adormece al sonido de aquella voz tiene un reposo lleno de reparadora tranquilidad. Ni aun las palabras de una madre, tienen un sonido tan puro y tan benéfico á los oídos del hijo que sufre.

Miraba, escuchaba, mudo, recogido, enternecido, dejando penetrar en sí aquella onda de vida inmortal. Jamás la música sacra de un gran maestro, un ofertorio de José Haydn ó un *Te deum* de Wolfang Mozart habíale producido la emoción que en aquellos momentos le daban los simples repiques de las campanas de las iglesias lejanas saludando

la acensión del día en los cielos del Señor Uno y Trino. El sentía su corazón colmarse y desbordarse de emoción. Algo como un sueño vago, pero sublime, se elevaba sobre su alma; algo como un velo ondulante á través del cual resplandeciese el misterioso lecho de la felicidad. Hasta entonces había sabido siempre lo que deseaba, y no había jamás encontrado placer por desear en vano. Ahora no podía definir su deseo; no lo sabía. Pero, seguramente la cosa deseada debía ser infinitamente suave, porque era suavidad también desearla.

Los versos de la Quimera en el Rey de Chipre, antiguos versos casi olvidados, le volvieron á la memoria, vibraron como una caricia.

«Vuoi tu pugnare?
Uccidere? Veder fiumi di sangue?
gran mucchi d' oro? greggi di captive
femine? schiavi? altre, altre prede? Vuoi
tu far vivere un marmo? Ergere un tempio?
Comporre un inmortale inno? Vuoi (m' odi,
giovine, m' odi) vuoi divinamente
amare? (1)»

(1) «Quieres combatir?
Matar? Ver ríos de sangre?
grandes montones de oro? rebaños de cautivas
mujeres? esclavos? otras y otras presas? Quieres
hacer vivir un mármol? erigir un templo?
Componer un inmortal himno? Quieres, óyeme.
joven, óyeme, quieres divinamente
amar?»

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

La Quimera la repetía, en lo secreto de su corazón, en voz baja, con obscuras pausas:

«¿Me oyes, joven, me oyes? ¿Quieres divinamente amar?

Andrés sonrió ligeramente y pensó: ¿Amar qué? ¿el Arte? ¿una mujer? ¿cuál mujer? Elena se le apareció lejana, perdida, muerta, no ya suya; las otras se le aparecían también lejanas, muertas para siempre. Era, pues, libre. ¿Para qué emprender de nuevo una pesquisa inútil y peligrosa? En el fondo de su corazón existía el deseo de darse, libremente y por reconocimiento, á un sér más alto y más puro ¿Pero dónde está ese sér?

El Ideal envenena toda posesión imperfecta; y en en el amor toda posesión es imperfecta y engañosa, todo placer está mezclado con tristeza, todo goce es dividido, toda alegría lleva en sí un germen de sufrimiento, todo abandono lleva en sí un germen de duda; y las dudas estropean, contaminan, corrompen todas las delicias, como las Arpías hacían incomibles todos los alimentos á Fineo. ¿Por qué pues había tendido él la mano hacia el árbol de la ciencia?

«*The tree of knowledge has been pluk' d'-all' s known.*»

«El árbol de la ciencia ha sido despojado,—todo es conocido» como canta Jorge Byrón en el Don Juan.

En realidad para lo porvenir su salud estaba en la EUDABEIA esto es: en la prudencia, en la calma, en la cautela, en la seguridad. Este pensamiento suyo le parecía bien expresado en un so-

neto de un poeta contemporáneo, que por cierta afinidad de gustos literarios y paridad de educación estética, prefería.

Saró come colui che si distende
sotto l' ombra d' un grande albero carco
omai sazio di trar balestra od arco;
é in sul capo il maturo fruto pende.
Non ei scuote quel ramo, né protende
la man, né veglia in su le prede a' l varco.
Giace; e raccoglie con un gesto parco
i frutti che quel ramo a' l suolo rende.
Di tal soave polpa ei ne' l profondo
non morde, á ricercar l' íntima essenza
perche teme l' amaro; anzi la fiuta,
poi sugge, con piacer límpido, senza
aviditá, ne triste né giocondo.
La sua favola breve é gia compiuta.

Pero la EUDABEIA, si puede servir para excluir en parte, de la vida, el dolor, excluye también toda alta idealidad.

La salud, pues, estaba en una especie de equilibrio goethiano, entre un cauto y fino epicureismo práctico y el culto profundo y apasionado del Arte.

—¡El Arte! ¡El Arte!—Hé ahí la amante fiel, siempre joven, inmortal; hé ahí la Fuente de la alegría pura, vedada á las multitudes, concedida á los elegidos; hé ahí el precioso Alimento que hace al hombre semejante á un dios. ¿Cómo había podido beber en otras copas, después de haber acercado los labios á esa? ¿Cómo había podido buscar otros goces después de haber gustado el supremo? ¿cómo su espíritu había podido acoger otras agitaciones después de haber sentido en sí el inolvidable tumulto de la fuerza creadora? ¿cómo sus manos habían podido vagar entre lascivias sobre el cuerpo de las mujeres después de haber sentido de entre sus dedos brotar una forma substancial? ¿Cómo en fin, sus sentidos habían podido debilitarse y pervertirse en la baja lujuria, después de haber sido iluminados por una sensibilidad que cogía en las apariencias las líneas invisibles, percibía lo imperceptible, adivinaba los pensamientos ocultos de la Naturaleza?

Un improviso entusiamo lo invadió. En aquella mañana religiosa, quería de nuevo arrodillarse ante el altar, y conforme al verso de Goethe; leer sus actos de devoción en la liturgia de Homero.

«¿Pero si mi inteligencia hubiese decaído? ¿Si mi mano hubiese perdido la ligereza? ¿Si yo ya no fuese *digno?*»

Ante esta duda le asaltó un temor tan fuerte, que con un ansia pueril comenzó á buscar lo que hubiese podido ser una prueba inmediata, para adquirir la certidumbre de que se trataba de un temor que no era razonable. Hubiese querido hacer en seguida un experimento real: componer una estrofa, di-

bujar una figura, grabar una rama, resolver un problema de formas. ¿Y qué? ¿Y después? ¿No hubiera sido esa una experiencia falaz?

La lenta decadencia del ingenio puede ser también inconsciente: ahí está lo terrible. El artista que poco á poco pierde sus facultades no se da cuenta de su debilidad progresiva; porque juntamente con la potencia de producir y reproducir pierde también el juicio crítico, el criterio. No distingue ya los defectos de su obra; no sabe que su obra es mala ó mediana; se engaña; cree que su cuadro, que su estatua, que su poema, están dentro de las leyes del Arte, cuando están fuera. Aquí está lo terrible. El artista atacado en el cerebro puede no tener conciencia de la propia imbecilidad, como el loco no tiene conciencia de la propia aberración. ¿Y entonces? El convaleciente experimentó una especie de pánico. Apretóse las sienes con las palmas de las manos; y permaneció algunos instantes bajo el choque de aquel pensamiento espantoso, bajo el horror de aquella amenaza, como aniquilado.—¡Mejor, mejor morir!—Nunca como en aquel momento había conocido el divino valor del *don*; nunca, como en aquel momento la *chispa* le había parecido tan sagrada. Todo su sér temblaba con una extraña violencia, á la sola duda de que el *don* pudiese destruirse, que la *chispa* pudiese apagarse.—¡Mejor morir!

Levantó la cabeza; sacudió de sí toda inercia; bajó al parque; caminó bajo los árboles, sin idea fija; sin pensamiento determinado. Un soplo ligero corría sobre las cimas; á intervalos las hojas se revol-

vian con un ruido fuerte, como si les pasase por encima una turba de ardillas; pequeños fragmentos de cielo aparecían entre las ramas como ojos cerúleos bajo los párpados verdes. En un lugar preferido. que era una especie de *lucus* mínimo en señorío de una Herma (1) cuadriforme, dispuesta para una cuadruple meditación, se detuvo, se sentó sobre la hierba con la espalda apoyada entre la base de la estatua, con la faz vuelta al mar. Delante de él, algunos troncos derechos y desiguales como las cañas de la flauta del dios Pan cortaban el ultramarino; á su alrededor los acantos abrían con soberana elegancia los cestos de sus hojas, entalladas simétricamente como en el capitel de Callimaco.

Los versos de *Salmace* en la *Fábula de Hermafrodito*, acudieron á su memoria.

«Nobili acanti, o voi ne le terrestri
selve indizi di pace, alte corone,
di pura forma; o voi, snelli canestri
che il Silenzio con lieve man compone
á racogliere il fiore de' silvestri.
Sogni, qual mai virtú su'l bel garzone
versaste da le foglie oscura e dolce?
Ei dorme nudo, e il braccio il capo folce (2)

(1) Piedra cuadrada que remata una cabeza de Mercurio, del cual toma el nombre.

(2) «Nobles acantos, ¡oh vosotros que en las terrestres selvas indicios sois de paz, altas coronas de forma ideal! ¡Oh vosotros ligeros canastos que el Silencio con mano ligera teje para recoger la flor de los silvestres Sueños! ¿Qué obscuro y dulce encanto había podido verter vuestro follaje sobre el hermoso efebo?

El duerme desnudo, y su brazo sostiene su cabeza.»

Otros versos afluyeron á su memoria, y otros y otros más, tumultuosamente. Su alma se llenó toda de una música de rimas y de sílabas rítmicas. El gozaba: aquella espontánea é imprevista agitación poética, dábale un deleite indefinido. Escuchaba en sí mismo aquellos sonidos, complaciéndose de las ricas imágenes, de los epítetos exactos, de las metáforas lúcidas, de las harmonías rebuscadas, de las exquisitas combinaciones de hiatos y de diéresis, de todas las más sutiles refinaciones que variaban su estilo y su métrica, de todos los misteriosos artificios del endecasílabo aprendido de los admirables poetas del siglo XIV y especialmente del Petrarca. La magia del verso le sojuzgó de nuevo el espíritu y el hemistiquio sentencioso de un poeta contemporáneo le sonreía singularmente:—El Verso es todo.»

El verso es todo. En la imitación de la Naturaleza, ningún instrumento de arte es más vivo, ágil, agudo, vario, multiforme, plástico, obediente, sensible, fiel. Más compacto que el mármol, más maleable que la cera, más sutil que un fluído, más vibrante que una cuerda, más luminoso que una gema, más fragante que una flor, más cortante que una espada, más flexible que un junquillo, más acariciador que un murmurio, más terrible que un trueno; el verso lo es todo y lo puede todo. Puede expresar y repetir los más mínimos movimientos del sentimiento y los más secretos impulsos de la sensación; puede definir lo indefinible y expresar lo inefable: puede abrazar lo ilimitado y sondar el abismo; puede abarcar dimensiones de eternidad; puede representar lo sobrehumano, lo sobrenatural,

lo ultraadmirable; puede embriagar como el vino, arrobar como un éxtasis; puede á un mismo tiempo poseer nuestra inteligencia, nuestro espíritu, nuestro cuerpo; puede, en fin, llegar á lo Absoluto.

Un verso perfecto y absoluto, inmutable, inmortal; tiene en sí las palabras con la cohesión de un diamante; encima el pensamiento, como en un círculo preciso que ninguna fuerza conseguirá jamás romper; se hace independiente de toda conexión y de toda sugestión; no pertenece ya al artífice, sino que es de todos y de nadie, como el espacio, como la luz, como las cosas inmanentes y perpetuas. Un pensamiento fielmente expresado, en un verso perfecto es un pensamiento que existía *preformado* en la obscura profundidad de la lengua. Extraído por el poeta, *continúa* existiendo en la conciencia de los hombres.El más grande poeta es, pues, aquel que sabe describir, desenvolver, extraer el mayor número de esas ideales preformaciones. Cuando el poeta está próximo á descubrir uno de esos versos eternos, es advertido por un divino torrente de alegría, que le invade de improviso todo su sér.

¿Qué alegría puede ser mayor? Andrés cerró un poco los ojos, como para prolongar aquella particular sensación, que era, en él, heraldo de la inspiración, cuando su espíritu se disponía á la obra de arte, especialmente al versificar. Después, embargado por un deleite jamás probado, se puso á rimar con el delgado lápiz sobre las breves páginas blancas de su libro de memorias. Y á su memoria acu-

dieron los primeros versos de una canción del Magnífico: (1)

Parton leggieri e pronti
dal petto i miei pensieri...

Casi siempre para empezar á componer, necesitaba una entonación musical comunicada por otro poeta; y casi siempre prefería tomarla de los versificadores antiguos de Toscana. Un hemistiquio de Lapo Gianni, de Cavalcanti, de Lino, de Petrarca, de Lorenzo de Medicis, el recuerdo de un grupo de rimas, la conjunción de dos epitetos, una cualquier concordancia de palabras bellas ó que sonasen bien, una frase cualquiera numerosa, bustaba para despertarle, y darle por así decirlo, el *la*, una nota que le sirviese de fundamento á la harmonía de la primera estrofa. Era una especie de tópico aplicado no á la busca de argumentos, si no á la pesquisa de preludios.

El primer septenario mediceo le ofreció en efecto la rima; y *vió* distintamente todo lo que quería mostrar á su imaginario auditorio personificado en la Herma; y juntamente con la visión, al mismo tiempo, se presentó espontáneamente en su espíritu la forma métrica, en la que debía verter, como un vino en una copa, la poesía.

Como su sentimiento poético era doble, ó mejor,

(1) Lorenzo de Médicis.

nacía de un contraste, esto es del contraste entre la abyección pasada y la presente resurrección, y como en su movimiento lírico procedía por elevación, eligió el soneto, cuya arquitectura consta de dos órdenes: del superior representado por los dos cuartetos, y el inferior representado por los dos tercetos.

El pensamiento y la pasión pues dilatándose en el primer orden, se refuerza y eleva en el segundo.

La forma del soneto, no obstante ser maravillosamente bella y magnífica, es en algo defectuosa; porque se asemeja á una figura con el busto muy largo y las piernas cortas.

En efecto los dos tercetos no tan solo son *en realidad* mas cortos que los cuartetos, por el número de versos; si no qué también lo *parecen*, por lo rápido y fluído del movimiento, comparado con la lentitud y magestad de los cuartetos.

Es mejor artifice el que sabe disimular más el defecto; el que, reservando á los tercetos la imagen más precisa y más visible, y las palabras más fuertes y más sonoras, obtiene que estas estrofas se engradezcan y harmonicen con los superiores, sin que pierdan nada de su ligereza y rapidez esenciales.

Los pintores del Renacimiento sabían equilibrar una figura entera, con el simple revoloteo de una cinta, de un lazo, ó de un pliegue.

Componiendo, Andrés se estudiaba á sí mismo, curiosamente. No había hecho versos desde hacía mucho tiempo. ¿Este intervalo de ocio, había perjudicado á su habilidad técnica? Le parecía que las rimas, saliendo una á una de su cerebro, tenían un